

Helenísticos. Lo encuentro una forma muy eficaz de combinar la información de las fuentes y los mapas.

Debo decir que se hace demasiado hincapié en la historia política, fruto sin duda del propio formato de la obra. No obstante, las carencias temáticas advertidas en los mapas se suplen a través de la bibliografía final, en la que se aportan diversos títulos de historia del mundo helenístico relativos a aspectos tales como cultura y sociedad. Las peculiaridades de cada mundo helenístico están marcadas por el grado de aceptación de la población local de la cultura griega, y creo que eso ha de ser claramente reflejado. Habría sido muy interesante contar con un mapa de las distintas poblaciones del Imperio Aqueménida y su evolución en Reinos Helenísticos.

Hay personajes claves de la historia final del mundo helenístico a los que no se les da la suficiente importancia: es el caso de figuras de la talla de Pirro y Mitridates del Ponto, cuya relevancia para el desarrollo posterior de dicho mundo habría merecido un estudio más detallado.

Por otro lado, merece la pena destacar la información complementaria que la autora nos ofrece. Contamos con la presencia de cuadros y esquemas de las dinastías más importantes, una información de carácter sintético que nos ayuda a situar a los principales personajes en su época y a relacionarlos con sus vecinos.

Considero que este atlas histórico del Mundo Helenístico tiene muchos puntos positivos y que es especialmente adecuado para la docencia universitaria en la que, en ocasiones, el profesor se encuentra escaso de materiales visuales que pueda aportar al alumno. Creo sinceramente que en este atlas se plasma de forma magistral la esencia política del mundo helenístico a través de los mapas y que es, en consecuencia, un libro de indudable utilidad.

Elena DUCE PASTOR
Universidad Autónoma de Madrid
elena.duce@estudiante.uam.es

Sara FORSDYKE, *Slaves Tell Tales. And Other Episodes in the Politics of Popular Culture in Ancient Greece*, Princeton & Oxford, Princeton University Press, 2012, XV + 275 pp. [ISBN: 978-0-691-14005-6].

Tras la publicación de un libro que bien puede ser un trabajo de referencia sobre la temática de la exclusión política en la Grecia Antigua (*Exile, Ostracism, and Democracy: The Politics of Exclusion in Ancient Greece*, Princeton, 2005), Sara Forsdyke (en adelante F.) se propone en *Slaves Tell Tales* (título inspirado en un capítulo de R. Danton, *The Great Cat Massacre: And Other Episodes in French Cultural History*, Nueva York, 1984) sacar a la luz la voz de los sin voz, de la “gente sin historia” de la antigüedad helena. Nos situamos frente a un trabajo que tiene como objetivo entender

la “cultura popular” de la Grecia Antigua, esto es, las formas en las que los campesinos, artesanos, comerciantes y esclavos concebían el mundo y su propio lugar en él. Para ello, a lo largo de la obra, la autora se pregunta sobre varios fenómenos y prácticas culturales, algunos de ellos muy curiosos, que se desarrollaron en diferentes *póleis* del mundo griego. Debemos decir que el trabajo de F. se entronca claramente en la línea historiográfica de la denominada *history from below* que, desarrollada a partir de la década de 1950 por historiadores de la Edad Media y Moderna, dejó de lado las investigaciones centradas en las elites sociales, políticas, económicas y culturales, para dirigir sus esfuerzos en “descubrir” (y entender) la cultura, las mentalidades y las prácticas de las clases populares. Si bien se trata de un estudio realizado por una clasicista, quienes se interesen por la cultura popular de otras sociedades —y por las interacciones entre cultura y sociedad— sin duda encontrarán en esta obra un material interesante tanto en sus aspectos teóricos y metodológicos como en los casos empíricos analizados en tanto posibles herramientas para las comparaciones, analogías y contrastaciones.

La obra se encuentra dividida en tres apartados: una *Introducción* que consta de un único capítulo en el que se revisan los aspectos teóricos y metodológicos que guían la investigación; una *Primera Parte* compuesta por dos capítulos en los que se toman en cuenta los “discursos”, y una *Segunda Parte* en la cual el eje está centrado en “prácticas” tales como fiestas, rituales, formas de justicia popular, etc. Finalmente, el trabajo culmina con un breve epílogo en donde se sintetizan las conclusiones. Si bien los capítulos centrales de la obra (3, 4 y 5) se basan en artículos ya publicados en revistas especializadas, no por ello el libro carece de coherencia y conexión entre las partes.

Desde nuestra perspectiva, el primer capítulo (“Peasants, Politics, and Popular Culture”, pp. 3-33) es el más importante del libro, ya que en él se encuentran sintetizados los posicionamientos de los que parte la autora y guían toda la investigación. F. define su propuesta como un intento de recuperar, a partir del análisis de las fuentes literarias, la cultura de los grupos subalternos; una cultura que se encuentra perdida en su mayor parte, ya que su existencia se desarrollaba en formas “vivas” tales como los festivales, las historias que circulaban oralmente, los ritos, etc. Un eje interpretativo que resulta central consiste en considerar las formas populares de cultura como dispositivos vitales para el funcionamiento práctico de la política en las ciudades griegas. En este sentido, F. se sitúa en la vereda opuesta a los enfoques institucionalistas que proponen que eran las sofisticadas instituciones de la *pólis* el *locus* principal de la política. Por el contrario, para la autora son las prácticas sociales informales, guiadas por la cultura popular, las que explican mejor el verdadero desenvolvimiento político de las ciudades-estado (para la perspectiva “institucionalista”, sus críticos y el debate entre M. H. Hansen y J. Ober, ver la síntesis de P. J. Rhodes, *Ancient Democracy and Modern Ideology*, Londres, 2003, pp. 42-4 y 60-1). Por ello, siguiendo una corriente historiográfica actualmente en boga (p. ej.: E. E. Cohen, *The Athenian Nation*, Princeton, 2000 y K. Vlassopoulos, “Free Spaces: Identity, Experience and Democracy in Classical Athens”, *CQ*, 57/1, 2007, pp. 33-52), en el libro se destaca un interés marcado por ver más allá de las leyes y las instituciones formales que separan estatutariamente a los individuos en ciudadanos y no ciudadanos, en libres y

esclavos, etc., para concentrarse en las prácticas cotidianas informales en las que las diferencias de status resultaban atemperadas.

Por lo que respecta a la metodología, la autora se muestra decididamente favorable al método comparativo, asumiendo sus riesgos y limitaciones. Dada la laguna existente en la documentación sobre la vida cotidiana y la ideología de las clases subalternas, F. intenta arrojar luz sobre la cultura popular a través de la comparación con aportes procedentes de investigaciones relativas a otros tiempos y lugares, en especial de las sociedades de la Europa preindustrial, del sur estadounidense previo a la Guerra Civil y de las sociedades campesinas contemporáneas del sudeste asiático. De esta manera, la autora sitúa a Grecia en el conjunto de las sociedades agrarias premodernas, oponiéndose a la tendencia recurrente entre los especialistas a sobredimensionar la excepcionalidad del mundo griego antiguo y, en especial, de la democracia ateniense.

Un problema a resolver –dado que la autora se centra en las fuentes literarias y no en los restos de la cultura material– se relaciona con la dificultad que implica reconstruir la cultura popular dadas las características de un material heurístico producido exclusivamente por la elite acomodada. A diferencia de los historiadores de la Europa Moderna, o de quienes investigan a los esclavos del sur norteamericano (que pueden recurrir a diversos testimonios orales y escritos), los pesquisidores de la antigüedad helena no disponen de fuentes literarias producidas de forma directa por las clases populares. En virtud de ello, F. se ve obligada a “descubrir” los trazos de la cultura popular en diferentes tipos de fuentes: los escritos de la elite que refieren tangencialmente prácticas de las clases populares; los géneros literarios –como la poesía yámbica, la comedia, la sátira y la novela– que tienen un vínculo genético con prácticas no literarias de origen popular; y, finalmente, otros textos que, si bien no tienen su origen en la cultura popular, suelen dar cuenta de algunos elementos de interés, como es el caso de Heródoto y sus referencias a historias folclóricas, fábulas, proverbios, etc. Debe destacarse que F. se encuentra interesada y bien informada tanto en el ámbito de la literatura clásica sobre la conciencia y la cultura populares (M. Bajtin, G. Rudé, E. Hobsbawm, E. P. Thompson, E. Genovese, E. Le Roy Ladourie, R. Darton, C. Ginzburg, P. Burke, N. Z. Davies, C. Geertz, J. Scott, etc.), como en el de las discusiones más actuales –especialmente las vehiculizadas por los *Subaltern Studies* y la teoría poscolonial– y las críticas que recientemente ha recibido la tajante separación entre “cultura oficial” (o de elite) y “cultura no oficial” (o popular). Entendiendo el carácter híbrido de los fenómenos culturales en los cuales aparecen conjuntamente tanto elementos propios de las elites, como elementos propios de las masas, F. piensa que es posible rastrear supervivencias de lo popular bajo la superficie de la literatura griega antigua.

Finalmente, merece un elogio especial el esfuerzo realizado por la autora para describir las características principales de las estructuras socioeconómicas y políticas de la antigüedad griega y de los grupos sociales sobre los que indaga en su estudio. En este sentido, F. propone que constituye un elemento de importancia que los campesinos griegos hayan disfrutado de los derechos de ciudadanía que habilitaban su participación política en las instituciones de la ciudad. Si bien esto diferenciaba a los

labradores helenos tanto de sus propios esclavos como de los agricultores de la Europa preindustrial, la autora propone que, sin embargo, compartían con ellos diversas creencias, concepciones ideológicas, formas de comportamiento y sociabilidad. Dichas coincidencias se encontraban determinadas en buena medida por una experiencia vivencial común relacionada con el trabajo agrícola, sus ciclos y su vínculo con el entorno ecológico. A su vez, las deudas y el reparto desigual de las tierras de labranza entre ricos y pobres habrían generado un contexto de tensión y conflicto entre las clases que explica parte de la trama que se encuentra tras las prácticas culturales estudiadas. Más allá de sus aciertos o errores –F. es quizá demasiado extremista en su minimización de las diferencias y la maximización de las similitudes sobre la posición de clase y las formas de ver el mundo de los labradores griegos, sus esclavos y los campesinos de la Europa preindustrial–, estas definiciones teóricas y metodológicas resultan primordiales para evitar que el libro sea un mero estudio sobre diferentes episodios de la “historia cultural” y se constituya en una reflexión, de mayor densidad, en torno a los lazos existentes entre las mentalidades, las ideologías, las prácticas culturales, de una parte, y las estructuras sociales y económicas, las relaciones de dominación y explotación, las formas de resistencia, las relaciones políticas, etc., de otra.

La sección del libro dedicada a los *discursos* se inicia con el capítulo 2 (“Slaves Tell Tales: The Culture of Subordinate Groups in Ancient Greece”, pp. 37-89), que se centra en la historia preservada por Ateneo de Náucratis acerca del esclavo quío Drimaco. Éste, habiendo sido el líder de un grupo de esclavos fugitivos, acabó por ser heroizado tras su muerte, estableciéndose en su honor un culto respetado conjuntamente por amos y esclavos. De acuerdo con F., si bien se trata de un relato de carácter ficticio, no por ello carece de valor histórico; según su interpretación, en la historia conviven representaciones subversivas del “mundo dado vuelta”, procedentes de la cultura subalterna, junto a elementos de lo que J. Scott (*Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*, New Haven, 1990) denomina *public transcript*, es decir, concepciones que justifican el sistema dominante. Para F. la figura del líder de los esclavos fugitivos, una suerte de Robin Hood, puede ser pensada a partir del tipo sociológico de “bandido social” tal como es descrito por E. Hobsbawm (*Rebeldes primitivos*, Barcelona, 2001 y *Bandidos*, Barcelona, 2001). El bandido, más una construcción ideológica que una figura histórica, busca a través de diferentes acciones (robos, raptos, engaños, saqueos, etc.) poner fin a situaciones y prácticas que son consideradas injustas; sin embargo, su objetivo no es destruir el sistema vigente. El carácter ambiguo del relato, en el que conviven elementos de crítica y justificación del orden social, se explica, de acuerdo con F., por el hecho de que éste no tenía como objetivo representar la postura de las elites o de las clases populares. Para la autora, historias como la de Drimaco constituyen dispositivos culturales a través de los cuales grupos sociales estructuralmente enfrentados mediatizaban sus relaciones y aliviaban la tensión existente entre ellos ya que, por un lado, fijan un límite a la capacidad de explotación de los dominantes pero, a la vez, justifican y no cuestionan el sistema de dominación en su conjunto. Así, el culto al líder de los esclavos fugitivos de Quíos habría contribuido tanto a la lealtad de los esclavos hacia los amos como a que los dependientes recibiesen un trato más “justo”.

Una historia relatada por Heródoto constituye el episodio analizado en el capítulo 3 (“Pig, Asses, and Swine: Obscenity and the Popular Imagination in Ancient Sicyon”, pp. 90-113). De acuerdo con el historiador de Halicarnaso, Clístenes, tirano de Sición, habría ordenado cambiar las denominaciones de las tribus dorias en que se dividían los ciudadanos. Con esto el tirano buscaba, en el marco de una política antiargiva en la que también se eliminó la recitación de la poesía homérica y se intentó erradicar el culto a Adrasto (héroe argivo), evitar que los nombres de las tribus de su ciudad fuesen idénticos a los de Argos. Según Heródoto, Clístenes otorgó a las tribus nombres de animales de bajo rango (cerdos, asnos y jabalíes), a los que añadió las desinencias del gentilicio mientras que, a la vez, nombró a la tribu de su propio linaje como la de los “arquelaos”, es decir, la de los que conducen al pueblo. De acuerdo con la interpretación de F., en gran medida especulativa, el relato de los hechos que brinda Heródoto constituiría, en verdad, una inversión satírica de los sucesos históricos. Según la autora, la historia recogida por el historiador griego tendría su origen en las tradiciones populares del siglo V a.C. contrarias a las tiranías que utilizaban el pasado para desarrollar aquello que M. Bajtin (*La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid, 1987) denominaba *humor folk* y que se caracterizaba por las imágenes grotescas del cuerpo, las obscenidades y la devaluación de todo lo “elevado” (instituciones, alta cultura, etc.). A lo largo del capítulo se analizan las distintas partes del relato herodoteano en las que se pueden rastrear trazos de la cultura popular que ridiculizan a la tiranía y a la elite gobernante a través del recurso a lo obsceno y escatológico, de las inversiones, de las asociaciones de lo elevado con lo grotesco, etc.

La segunda parte del libro, dedicada a las *prácticas*, comienza con el capítulo 4 (“Revelry and Riot in Ancient Megara: Democratic Disorder or Ritual Reversal?”, pp. 117-143), en el que se analizan diversas formas de violencia que, de acuerdo con Plutarco, ejercían los pobres contra los ricos en la Megara del siglo VI a.C. En primer lugar, la autora critica la tendencia de los especialistas a tomar por cierta la relación que traza Plutarco entre la violencia popular y la (supuesta) democracia megarense. Para F., la relación entre *demokratía* e indisciplina del pueblo –a la que se alude con términos tales como *hýbris*, *asélgeia*, *akolasía*, *ataxia*, etc.– era un constructo tópico en la tradición antidemocrática desde el siglo IV a.C. en adelante, una tradición que no reflejaba necesariamente las condiciones políticas y sociales de la Megara de finales del arcaísmo. En contraste, para la autora, la violencia popular megarense puede interpretarse mejor a partir de la comparación con los diferentes rituales de inversión de roles y trasgresión de las normas sociales que se desarrollaron durante la temprana Europa Moderna. Si bien tales rituales no tendrían una función revolucionaria sino, más bien, de mediación (informal, extralegal) entre las masas y la elite, de acuerdo con la interpretación de F., en el caso relatado por Plutarco dichos rituales habrían derivado –como consecuencia de los cambios económicos y sociales– en protestas y revueltas. Éstas obligaron a la clase dominante a poner en funcionamiento prácticas y leyes –asimilables a las de Solón en Atenas– propias de una “economía moral” para cumplir con la “obligación” de los poderosos de proteger a los miembros más débiles de la sociedad y evitar de ese modo una rebelión de gran escala.

En el capítulo 5 (“Street Theater and Popular Justice in Ancient Greece”, pp. 144-170), F. analiza una serie de fuentes en las que aparecen diversos rituales populares de castigo (lapidación y destrucción de las casas de miembros de la elite) y humillación pública (generalmente contra los adúlteros) desde una perspectiva crítica con respecto al paradigma evolucionista que suele interpretar a este tipo de prácticas como propias de una etapa previa al desarrollo del derecho y de las estructuras jurídicas formales del Estado. Frente a lo que suelen plantear autores que –como E. M. Harris (*Democracy and the Rule of Law in Classical Athens. Essays on Law, Society and Politics*, Cambridge, 2006) y G. Herman (*Morality and Behavior in Democratic Athens. A Social History*, Cambridge, 2006)– destacan el “imperio de la ley” en la ciudad griega clásica, la autora propone que no existe un desarrollo lineal desde las prácticas populares a las instituciones estatales sino que, más bien, unas y otras suelen coincidir en el tiempo y funcionar conjuntamente sin demasiado conflicto. Más aún, para F., por un lado, estos actos de “justicia popular” cumplen la función de complementar a la justicia “oficial” de las *póleis* –de la que, de todos modos, no convendría diferenciar demasiado– y, por otro, constituyen un dispositivo tanto simbólico como real del que, al igual que otros ritos colectivos, pueden echar mano las masas –compuestas por ciudadanos pobres, pero también por mujeres y esclavos– para disciplinar y reprimir a aquellos miembros de los sectores dominantes de la ciudad que tenían un comportamiento considerado no acorde al bien común o los valores de la comunidad. En síntesis, los distintos mecanismos de humillación pública y “justicia popular” analizados constituían, en definitiva, dispositivos influidos por los rituales carnavalescos y las festividades populares que, si bien no tenían un carácter revolucionario, permitían vehicular la interacción y la negociación entre las masas y las elites de cada *pólis*, contribuyendo de ese modo a la construcción del equilibrio social.

Finalmente, la obra se cierra con un breve epílogo (“Conclusion”, pp. 173-178) en el que la autora realiza un compacto balance de cada una de las partes del trabajo y repasa las principales conclusiones a las que llegó tras el análisis de los diferentes casos empíricos presentados.

Si bien pueden formularse algunas críticas –como, por ejemplo, que las características específicas de las sociedades griegas se pierden frecuentemente de vista, o que el uso de la comparación con otras sociedades para interpretar las fuentes antiguas resulta, en algunos casos, excesivo o forzado–, debemos decir que *Slaves Tell Tales* constituye un importante intento de comprender de qué manera la cultura popular medió en las relaciones entre las clases dominantes y las masas, así como también, cómo las prácticas sociales y culturales “informales” influyeron en el funcionamiento político de las comunidades helénicas.

Diego PAIARO

Universidad de Buenos Aires

Universidad Nacional de General Sarmiento

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

diegopaiaro@hotmail.com